

Crítica

Aranguren Gonzalo, Luis A. *Reinventar la solidaridad. Voluntariado y educación*. Madrid: PPC, 230 pp.

La solidaridad va constituyéndose, dentro de nuestra sociedad, en un valor en alza. El libro que presentamos tiene como objetivo “reinventar” la solidaridad, esto es, volver a calibrar en su justa media lo que significa ser solidarios más allá de sentimentalismos adolescentes, o de intereses empresariales. Para el autor “reinventar la solidaridad presupone no caer en el fango de la moda postmoderna solidaria para articular, desde la comunidad educativa (reglada o no), una cultura de la solidaridad disidente y creativa. Este trabajo tiene como objetivo la aprehensión cognitiva-volitiva-práctica del valor de la solidaridad” (p. 117).

El libro está dividido en dos partes con seis capítulos cada una. La primera es una exposición detenida de las crisis actuales del mundo, de sus causas y posibles soluciones. Se establece también un estudio de los diferentes modelos de solidaridad imperantes, así como se traza una fundamentación antropológica y ética del valor de la solidaridad. Toda la segunda parte está dedicada al proyecto educativo del voluntariado y de la solidaridad.

Para el autor, la solidaridad surge al reconocer las causas que provocan desajustes estructurales muy acusados. Estas causas son: el desequilibrio entre el Norte y el Sur; el crecimiento económico incontrolado; el peso exclusivo de la sociedad postindustrial; el pensamiento único sobre los problemas sociales que nos hace perder “la referencia ligada al bien común y se nos devuelve en forma de interés general” (p. 23) y más aún de mera suma de lo individual; el peso de la cultura postmoderna y el cambio de época.

Aranguren Gonzalo presenta y discute críticamente cuatro modelos de solidaridad: como espectáculo, como campaña, como cooperación y como encuentro. Cada uno de ellos es tratado desde los mismos criterios de análisis: metodología, cauce, visión del conflicto, grado de implicación, modelo de voluntariado, horizonte, efectos para los agentes, efectos para los destinatarios, modelo ético y palabra clave. Los dos primeros tipos de solidaridad están, según el autor, manejados e instrumentalizados por el mercado. Para el público en general no existen en este caso conflictos sociales sino desgracias ocasionales que requieren del “consumo” y de la estética de la solidaridad. “La solidaridad centrada en campañas que no se insertan en procesos de acción-reflexión-acción está destinada a quedarse en la superficie de los problemas, sin traspasar el umbral que se interroga por las causas que generan las tragedias que se intentan paliar, y que, desde otro punto de vista, se podrían evitar” (p. 43). La solidaridad como cooperación no llega tampoco al fondo de la cuestión, si bien tiene aspectos más positivos que las anteriores. No llega porque, según el autor, la cooperación se suele comprender desde patrones culturales occidentales, con

excesiva atención a los aspectos técnicos y burocráticos, y sin dejar que aparezcan y se reconozcan los movimientos sociales que están detrás de quienes son posibles receptores de los proyectos. Finalmente, la solidaridad como encuentro “significa, en primer lugar, la experiencia de encontrarse con el mundo del dolor y de la injusticia y no quedarse indiferente; y, en segundo lugar, significa tener la suficiente capacidad para pensar y vivir de otra manera: capacidad para pensar, es decir, para analizar lo más objetivamente posible la realidad de inhumanidad y de injusticia en que vivimos, sin que el peso de ese análisis nos desborde. Y vivir de modo que la solidaridad constituya un pilar básico en el proyecto de vida de quien se tenga a sí mismo por solidario” (p. 49). En la solidaridad como encuentro los proyectos, según el autor, no son fines en sí mismos sino medios de crecimiento y desarrollo humano. La solidaridad es el principio ético de actuación con quienes están dominados, excluidos o maltratados, y busca la realización de la justicia.

El fundamento antropológico de la solidaridad la sitúa el autor en la capacidad de apertura de la persona hacia sí mismo, a los demás, a la acción y a las posibilidades futuras. La perspectiva ética se propone, apoyándose en A. Cortina, desde el “personalismo solidario”. Su horizonte de acción se comprende en la combinación de tres momentos: la reacción ante la injusticia y el sufrimiento, la determinación para descubrir y erradicar las causas y, por último, el estilo de vida en el que la solidaridad no es un elemento que se añade sino que configura un modo de ser. Estos tres momentos van a dar lugar a todo un proceso unitario en el que se produce la compasión, se establece el reconocimiento del otro, se adopta una perspectiva de acción transformadora y, finalmente, se emprende la movilización para el cambio.

El proceso educativo de la solidaridad arranca, según el autor, de la “Historización de la solidaridad” a través de cuatro momentos: el desenmascaramiento y la verificación que se desarrollan en el ámbito procedimental; y la estimación y realización que abarca el ámbito actitudinal. Aranguren Gonzalo propone un decálogo de principios pedagógicos que justifican y establecen los procedimientos de la historización señalada: la persona, la comunidad, la acción-reflexión, la esperanza, el amor, el proceso, la creatividad, el conflicto, la constancia y la utopía.

La segunda parte del libro está dedicada a proponer ideas y estrategias para saber armonizar las propuestas anteriores sobre la solidaridad, en la escuela y en la educación informal, de tal modo que se abra la posibilidad de mejorar las orientaciones formativas individual y socialmente. Para el autor esto supone afrontar cuatro retos: poner en marcha nuevas posibilidades de actuación educativa, establecer un modelo de educación global, cultivar la relación del centro educativo con la comunidad y, por último, poner en marcha respuestas plurales a la diversidad de situaciones y carencias que muestran los jóvenes. A partir de aquí se exponen los problemas que, a juicio del autor, tiene la educación en la actualidad. Se proponen unas orientaciones pedagógicas y un plan de actuación como programa de formación en la solidaridad en contextos formales y no formales.

El texto está escrito en un lenguaje muy asequible porque el valor de la solidaridad se trata de presentar como objetivo de la formación humana en general, y no como referente para ampliar el conocimiento pedagógico especializado. Sí se ob-

servan ciertas repeticiones de ideas y argumentos, tal vez, por la intención del autor de ofrecer una visión de la solidaridad tan abarcadora que termina por adoptar un enfoque circular. De igual modo, se percibe en el libro un cierto desequilibrio en el sentido de que no queda claro cómo armonizar el valor de la solidaridad con el conjunto de valores que requiere hoy una formación humana equilibrada. Sí se ofrece, en cambio, la posibilidad de convertir a la solidaridad en el eje central de un proyecto educativo. Lo más interesante, en cualquier caso, son los análisis críticos de las tendencias sociales sólo aparentemente solidarias.

No cabe duda del interés que tiene hoy leer un libro como el de Aranguren Gonzalo. La solidaridad es un valor fundamental en la formación humana, un valor que tiene que superar las fronteras individuales para adoptar una expresión eminentemente social y, en su caso, de justicia. Cualquier educador que esté interesado en este tema va a encontrar tanto la fundamentación teórica del sentido de las acciones humanas solidarias como las estrategias necesarias para enseñarlo.

FERNANDO GIL CANTERO